



LUIS MARTÍN CABELLO, EX SALESIANO

**“Ahora
mi familia
es mi vocación”**

SUMARIO

DICIEMBRE 2020. N ° 23

EN PORTADA

- ENTREVISTA: Luis Martín Cabello: "Mi proceso de abandono de la Vida Religiosa ha sido edificante" 4
- ARTÍCULO: Acompañar al hermano que se va. Por Samuel Segura 6

TRIBUNAS

- La libertad de ser fieles 8
- ¿Es culpa del celibato? 10
- El don de la comunión 12
- Discernir una vocación 14

Yo también SOY CONFER



Nombre: Tomás
Apellidos: Briongos Rica

Congregación/Instituto: Hermanos Maristas

Aquí vivo... Aunque mi domicilio está en Valladolid, acompaña a las comunidades maristas de Galicia, Asturias, Castilla y León y Portugal.

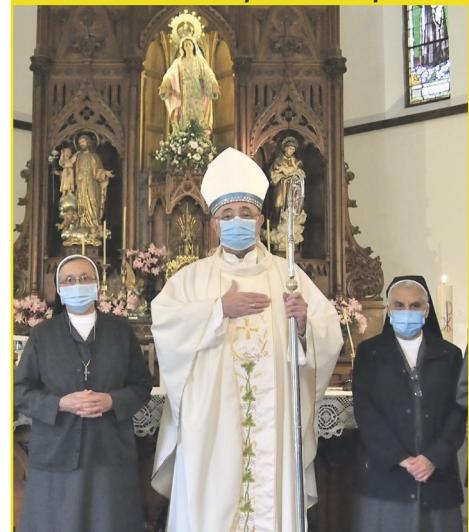
¿Quién es mi prójimo? Hace 15 años estaba trabajando en el programa Urogallo de Cáritas en Ponferrada. Allí he pasado dos días esta semana. He vuelto a acercarme al apoyo escolar y con el pretexto de ayudar en las tareas he tenido tiempo para conversar con las personas y valorar lo que hacen y lo que son. Me siento prójimo de otra persona cuando actúo así. Y soy consciente de las muchas situaciones en las que paso de largo. Mi prójimo es el que transparenta este rostro de Dios lleno de ternura.

La Vida Religiosa es... un camino que sabe a fraternidad y acogida. A los trece años conocí a religiosas y religiosos que despertaron valores en mí, gracias a su cariño y confianza. Los años van pasando y sigo encontrando en mi vida otros religiosos que inspiran mi entrega y buscan la manera de responder a las necesidades básicas y de educación que tiene la gente hoy. Son muchos los motivos para la esperanza los que me sigue dando la vida religiosa.

Mi vocación en una palabra: Hermano.

Frase de mi fundador/a: "Nadie fue ayer, ni va hoy, ni irá mañana hacia Dios, por este camino que yo voy. Para cada hombre guarda un rayo nuevo de luz el sol, y un camino virgen, Dios" (León Felipe).

UNA IMAGEN para compartir



CONFER
@MediosConfer



La CONFER da la enhorabuena al presidente de la Comisión de Vida Consagrada de la Conferencia Episcopal Española, Luis Ángel de las Heras, que ha sido elegido por el papa Francisco como nuevo obispo de León.



Imagen de portada: Luis Martín Cabello, ex salesiano. Foto: Ángel Cantero/ Archivalladolid



Conferencia Española de Religiosos
c/ Núñez de Balboa, 115 BIS Entreplanta.
28006 Madrid. Telf.: 91 519 36 35

Somos CONFER

somosconfer@confer.es. **Presidenta:** María del Rosario Ríos, ODN. **Vicepresidente:** Jesús Díaz Sariego, OP.
Secretario General: Jesús Miguel Zamora, FSC. **Secretaria General Adjunta:** Pilar Arroyo, HCSA. **Web:** confer.es

ÁREAS Y SERVICIOS

Administración: administracion@confer.es
Asesoría Jurídica: asesorjuridico@confer.es
Centro Médico-Psicológico: sec.psi@confer.es Tfno.: 915 195 656
Comunicación: comunicacion@confer.es
Estadística: estadistica@confer.es
Formación: formacion@confer.es
Internet: internet@confer.es

Justicia y Solidaridad: jyp@confer.es; social@confer.es;
migraciones@confer.es

Misión y Cooperación: myc@confer.es

Misión Compartida: edmc@confer.es

Pastoral Juvenil Vocacional: pjv@confer.es

Regionales y Diocesanas: cryd@confer.es

Sociosanitaria: sociosanitaria@confer.es

Intercongregacional: proyectosinter@confer.es

Dirección editorial: José Beltrán. **Redacción:** Eva Silva, Irene Yustres y Rubén Cruz. **Diseño:** Amparo Hernández. **Fotografía:** Archivo Vida Nueva y Jesús G. Feria. **Edita:** PPC. **Imprime:** Jomagar. Todos los contenidos son elaborados por CONFER, con apoyo editorial de Vida Nueva.

Abrazar al hermano que se va

P

.....

odemos decir que en este momento, la fidelidad afronta un tiempo de prueba. Estamos ante un proceso que debilita la Vida Consagrada y la vida misma de la Iglesia. Los abandonos dentro de la Vida Consagrada nos preocupan. Es verdad que algunos abandonan por un acto de coherencia, porque reconocen, después de un discernimiento serio, que no han tenido nunca vocación; pero otros, con el pasar del tiempo, dejan de ser fieles, muchas veces tan solo pocos años después de la profesión perpetua. ¿Qué ha ocurrido?". Es la pregunta que se hizo Francisco el 28 de enero de 2017 en su discurso a la Plenaria de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica. Una pregunta que ha dado lugar a que la CIVCSVA reflexione en el documento *El don de la fidelidad. La alegría de la perseverancia* sobre el fenómeno de los abandonos, que el Papa no ha dudado en catalogar como "una "hemorragia".

Los abandonos de nuestros hermanos y hermanas es un tema que preocupa y ocupa a los Institutos y a la CONFER. Muestra de ello es el artículo denominado *Crisis de fidelidad en la vida consagrada: motivos y factores implicados*, elaborado por el franciscano Lluís Oviédo a petición de la CONFER. Según el artículo, publicado en el número de noviembre de la revista CONFER, el principal motivo de los

hermanos para abandonar la Vida Religiosa está relacionado con problemas afectivos (49,7%). En el caso de las hermanas, es la insatisfacción (33,7%) el motivo de peso.

Esto ha provocado que las congregaciones masculinas hayan perdido en los últimos diez años un 8,19% de sus miembros, contando novicios y consagrados de votos temporales, y un 6,34% de los hermanos de votos perpetuos. Estas cifras desciden en las congregaciones femeninas, que han perdido el 6,6% de sus novicias y consagradas de votos temporales y un 4,24% de las de votos perpetuos.

"Los abandonos ocupan y preocupan a los Institutos, pero no hay duda de que debemos acompañar los procesos de salida"

Sobre el estado actual de los exclaustrados, en el caso de los varones, el 15,4% está casado y el 12,8% comprometido. En el caso de las mujeres, el 10,9% se ha casado y el 7,1% se ha comprometido. En este número de SomosCONFER se recoge el testimonio de Luis Martín Cabello, ex salesiano

hoy casado y con un hijo. Él considera su proceso de salida como "edificante". Y esto es por el abrazo de su comunidad y su congregación, que han sabido acompañar su proceso.

¿Qué es la fidelidad? ¿Cómo construir comunidades fraternas? ¿Es el celibato el problema? ¿Cómo acompañar una vocación? A estas preguntas responden religiosos y religiosas. Y todos con un convicción: hay Vida Religiosa para rato, porque esta forma de vida sí merece la pena. ☩

LA VOZ DE LA PRESIDENTA

Testigos de esperanza

Adviento nos habla de esperanza, esperanza de Dios y esperanza en Dios. Pero este Adviento, tan diferente a otros, nos llama a cultivarla hondamente: en medio de la oscuridad, de la incertidumbre, de dolor de tantos hermanos que continúa...

Dios espera de nosotros que, como María, acojamos lo suyo, lo gestemos por dentro y lo ofrezcamos como don. Nosotros esperamos en Dios que, una vez más, nos anuncia de mil modos –a través de gestos, personas, situaciones que buscan humanizar, cuidar, ayudar...– que está en medio de esta historia, en el abajo de la realidad, para compartir nuestra suerte y transformarla.

¡Que celebrar el Adviento aiente nuestra esperanza y nos haga testigos de ella!



MARIÑA RÍOS
Presidenta de la CONFER



“Mi proceso de abandono de la Vida Religiosa ha sido edificante”

RUBÉN CRUZ

LUIS

MARTÍN CABELO
EX SALESIANO

En junio, la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica publicaba sus orientaciones sobre los abandonos en el documento *El don de la fidelidad. La alegría de la perseverancia*. Luis Martín Cabello, ex salesiano, es un rostro de esas salidas de la Vida Religiosa, una salida que en entrevista con *SomosCONFER* tilda de “edificante”. Tiene 47 años y vive en Valladolid, donde trabaja como administrador en el Centro San Viator. A los 11 años pidió ir interno al aspirantado de los salesianos en Astudillo (Palencia). A los 19 años hizo su primera profesión y a los 28 fue ordenado sacerdote. Con 43 años pidió un año de *absentia a domo*, al final del que solicitó la dispensa y dejar la Congregación. En 2020 ha tenido su primer hijo y se ha casado.

¿Cuándo comienza a preguntarse si la Vida Religiosa es a lo que Dios le ha llamado?

Me hice salesiano porque realmente creía que Dios me llamaba a ello y que me había regalado cualidades para ser un buen salesiano. Pero en ese afán de ser un “buen salesiano”, en mis últimos años como religioso me fui dando cuenta de que no era capaz de superar algunas de mis incoherencias. Es verdad que las contradicciones, la falta de entusiasmo y un cierto aburguesamiento espiri-

tual que percibía muchas veces a mi alrededor, no ayudaban. Pero esa no fue la causa, ya que también me enriquecía de la calidad humana y espiritual de muchos de mis hermanos.

Quizás, simplemente arrojé la toalla. O quizás, realmente Dios me estaba indicando que tenía que reorientar mi vida. “Al atardecer de la vida” obtendré la respuesta clara. Mientras, sigo haciendo camino y estoy convencido de que Dios sigue acompañando mi vida y siento que todavía me depara “sorpresa”.

¿Cómo fue el momento en el que comentó que se iba?

Uno de los momentos más difíciles fue irlo comunicando a algunos salesianos y a algunos seglares. Los sentimientos eran diversos e intensos: desde la convicción de que es un paso que tienes que dar, hasta la triste sensación de estar “abandonando un barco”, pasando por los vaivenes de cómo lo entenderán las personas con las que has estado compartiendo vida y misión.

La orientación sobre los abandonos insiste en la importancia de dejar-se acompañar. ¿Hay una vivencia comunitaria de la salida?

La realidad humana de nuestras comunidades a veces es muy individualista y, aunque hay muchas oportunidades para compartir nuestras vivencias, cuesta mucho. Con todo, la comunidad en la que viví mis últimos años fue muy comprensiva conmigo y me he sentido y me sigo sintiendo querido y valorado por ellos y por los salesianos en general.

¿Qué echa de menos?

La posibilidad y el “lujo” de tener más tiempo para uno mismo, para reflexionar y rezar con tranquilidad, y para comprometerme en otras cosas. La vida de familia es absorbente y un hijo no se puede “programar”. Por lo demás, he sido feliz como salesiano y ahora soy feliz construyendo mi vida de familia.

¿Qué experiencias de las que ha vivido como laico favorecerían la vivencia de la Vida Consagrada?

La estructura organizativa de la Vida Religiosa te da la posibilidad de tener una intensa vida espiritual y una apasionada entrega y dedicación a la misión. Pero también puede generar (y de hecho genera en muchos religiosos) un cierto aburguesamiento, y derivar en una vida sencilla, sin lujos, pero muy cómoda e individualista. Lo ilustro con dos sencillos ejemplos que ya comentaba en comunidad y que ahora experimento:

- Los religiosos hacemos voto de pobreza, pero en realidad no tenemos ninguna preocupación real por si llegamos a fin de mes o a final de año (está garantizado), o si hay comida en la nevera (lo hace la cocinera o el administrador)... Sin embargo, estos temas preocupan y ocupan mucho en la vida de una familia.

- Los religiosos hacemos voto de obediencia, pero en realidad, más allá de los destinos que nos den los Superiores y de seguir los horarios comunitarios, en el día a día, cada uno se organiza su vida y atiende sus obligaciones de forma individual con amplio margen de decisión. Esto no se lo puede permitir una pareja, que continuamente tiene que ponerse de acuerdo en pequeñas decisiones cotidianas y en las que muchas veces alguien tiene que ceder y “obedecer”. Ni se lo puede permitir un padre, que debe “obedecer” al reclamo del llanto de su hijo a altas horas.

Siempre he defendido la liberación de muchas de estas preocupaciones como oportunidad para una mayor y mejor dedicación a tu cuidado espiritual y al servicio de los demás. Pero a muchos religiosos les aleja de

la deseada radicalidad evangélica y les vuelve más cómodos. Y esto lo digo con dolor, porque sigo pensando, aunque suene incoherente, que ser religioso vale la pena.

¿Cuál es ahora su vocación?

Mi vocación es la de ser un buen marido y un buen padre, y una persona comprometida en hacer un mundo un poco mejor, desde los valores del Evangelio. En este horizonte, me queda todavía mucho por hacer y aprender.

¿Cómo vivió su familia su salida?

La persona que más me preocupaba era mi madre, ya que siempre había vivido con mucha ilusión el que yo fuera salesiano y sacerdote. Sé que sufrió mucho al principio. Pero al verme que seguía bien y que poco a poco lograba rehacer mi vida, fue aceptando y viviendo con más paz la situación.

¿En qué debe mejorar la Vida Religiosa para que los procesos de exclaustración sean edificantes?

Depende del estilo de las congregaciones y sus responsables, así como de cada persona que lo deja, con su carácter y su modo de afrontar las crisis. Mi proceso se puede calificar de “edificante”. En cualquier caso, la clave está en ser honestos, claros, respetuosos y cercanos, por ambas partes.

¿El proceso canónico favorece o dificulta la exclaustración? ¿Puede llevar a perder la fe?

Este tema ha cambiado mucho. He escuchado muchas veces lo complicado que era en otras épocas. Pero actualmente es un proceso algo más sencillo. Y el que sea más ágil o no, depende de los intermediarios y del interés que ponga el propio candidato en mover las cosas para cerrar el proceso bien y pronto. ☺

La estructura organizativa de la Vida Consagrada puede generar un cierto aburguesamiento y derivar en una vida cómoda e individualista

Acompañar al hermano que se va

SAMUEL SEGURA, VICARIO PROVINCIAL DE SALESIANOS SANTIAGO EL MAYOR

Mucha gente acompañaba a Jesús; Él se volvió y les dijo: (...) ¿Quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla?" (Lc 14, 25, 28). La decisión de un religioso o religiosa de dejar su congregación es un hecho doloroso para él o ella, y también para la propia institución religiosa. En el proceso de dejar la congregación, es muy importante el acompañamiento personal y espiritual.

En realidad, el acompañamiento es vital en todo el proceso de ingreso en la vida religiosa como seguimiento de Jesucristo en pobreza, castidad y obediencia, viviendo en comunidad. De hecho, todas las congregaciones contemplan dicho acompañamiento institucional durante la formación inicial, que generalmente dura seis años, y puede llegar hasta los nueve, desde la primera profesión hasta la profesión perpetua. Un acompañamiento que se traduce, como mínimo formalmente, en un escrutinio trimestral realizado por el consejo de la comunidad formadora, elaborado a partir del diálogo con los religiosos en formación, entre el equipo de formadores, en la propia comunidad.

Abandonar la congregación durante ese período entra dentro del propio proceso de discernimiento sobre la propia vocación, y un discernimiento de la comunidad sobre la idoneidad del candidato. No deja de ser un matrimonio de prueba con la

vida religiosa, y un tiempo lo suficientemente amplio para que el candidato descubra, desde la práctica vital, cómo quiere responder con felicidad y fidelidad a la llamada de Dios.

La situación es más distinta cuando, una vez realizada la profesión perpetua (incluso en muchos casos la ordenación sacerdotal), es el religioso quien se plantea marcharse. ¿Cómo acompañar al hermano que se va? Son diversas las situaciones y las causas que están en la raíz de los abandonos, aunque ciertamente la falta de continuidad en el acompañamiento espiritual, precisamente, suele influir decisivamente en muchos de los abandonos.

Discernimiento

Es significativo que en las normativas formales a seguir cuando un hermano pide abandonar su congregación, se insiste en las tentativas. Se pide a los superiores mayores o provinciales que de formas diversas procuren animar al hermano a seguir fiel a Dios como religioso. O para ayudarle a discernir mejor la decisión que quiere tomar: cambiar las circunstancias que puedan provocarle el desánimo vocacional, facilitarle experiencias de oración y discernimiento, buscarle si precisa acompañantes que le ayuden en la toma de decisiones, ofrecerle servicios psicológicos especializados... y, en general, aconsejarle que se tome el tiempo necesario para madurar su situación y su decisión final.

Una de las experiencias significativas que la Vida Religiosa ofrece es la posibilidad de que el hermano solicite durante un año la *absentia a domo*, prolongable si la situación lo requiere. Una vez concedida, el hermano está dispensado de vivir en comunidad, aunque permanece siendo religioso y sujeto a los compromisos de la Vida Religiosa. Durante ese año, el religioso puede, de forma más personalizada y se supone que menos condicionado, analizar cuál debe ser su futuro estado de vida. Durante este tiempo, es importante garantizar que el hermano va a ser acompañado en el proceso de discernimiento que debe realizar. Siempre, por medio de alguien que él mismo escoja, pero acompañado. La congregación, la comunidad, no se desentiende del hermano. Especialmente en esos momentos se hace más cercana.

Una vez que el hermano, definitivamente decide marchar de la congregación, comienza un delicado doble momento en el que es fundamental el acompañamiento. Por un lado, acompañar con fraternidad, con humanidad y cercanía, dicho proceso. Por otro, el aspecto formal de legalizar su situación, a nivel jurídico, en relación con la congregación y la Iglesia.

Ciertamente, el aspecto más importante es el primero, que ayuda al propio hermano e implica a la comunidad y a la institución. En algunas situaciones del pasado se podía insistir más en los aspectos legales,



provocando en ocasiones en el religioso que se encontraba en esta situación, un rechazo que le hacía abandonar sin más la congregación y no querer saber nada de la institución en meses... o años, prolongando así en el tiempo una situación social irregular: sigue siendo religioso (incluso sacerdote) viviendo en realidad como un seglar.

Búsqueda conjunta de la vocación

Cuando un hermano decide abandonar la congregación, lógicamente se suscitan en él una serie de sentimientos, incertidumbres, emociones... que debe administrar adecuadamente y que hay que ayudarle a saber administrarlas. El hermano puede marchar por una fuerte decepción institucional: en ese caso, es importante que la propia institución no se ponga a la defensiva respecto a él. En otras ocasiones, la causa puede ser una crisis afectiva de enamoramiento: el acompañamiento puede ayu-

darle a descubrir si ese sentimiento es estable y no pasajero. En cualquier caso, y esto es lo más importante, el hermano tiene que percibir, de manera efectiva y clara, que el deseo de la congregación que quiere abandonar es su felicidad, es decir, encontrar con él el estado de vida en el que Dios le quiere feliz y no los intereses o el prestigio de la propia institución a la que abandona. Es decir: el hermano debe sentirse querido y ayudado en ese momento tan delicado y frágil que está viviendo, mientras nada entre dos aguas.

Si se combina la humanidad del proceso de salida con su formalidad, expresada en los documentos que le permiten dicha salida, el hermano marchará agradecido a la congregación. Y seguramente vivirá su nueva vida, con la experiencia y la riqueza del carisma en el que ha sido formado y que ha vivido durante una serie de años.

Por el contrario, ¡cuántos son los religiosos que, una vez abandonada

la vida regular, desde su vida secular están contribuyendo al propio carisma que abandonaron! Excelentes educadores en los colegios religiosos de la institución, catequistas en las parroquias, profesionales comprometidos cristianamente en la sociedad, hombres y mujeres que crecieron en su fe, con el estilo de un determinado carisma, y que siguen aportando su valía personal y la riqueza de sus dones y vivencias, allí donde descubren que el Señor les ha llamado.

No siempre es posible, empezar a construir la torre sabiendo si se pueden asumir los gastos hasta terminarla, como dice el Evangelio. En esos casos, qué duda cabe que el acompañamiento del hermano que decide emprender otro camino es decisivo. Un camino que juntos, el religioso o la religiosa y la propia comunidad, han de recorrer buscando la verdad sobre la propia vida y el sentido de la respuesta al Señor que nos llama a seguirlo. 

La libertad de ser fieles

IANIRE ANGULO ORDORIKA, RELIGIOSA ESCLAVA DE LA STMA. EUCHARISTÍA Y DE LA MADRE DE DIOS

Todo se ha paralizado por la pandemia, también el ritmo eclesial. Por eso, aunque el documento de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica (CIVCSVA) *El don de la fidelidad. La alegría de la perseverancia* se firmó este mismo febrero, no fue presentado hasta el verano. Para quienes no lo han leído, el texto pretende responder a los abundantes abandonos en los Institutos de Vida Consagrada.

La fidelidad es un atributo que, con propiedad, le corresponde solo a Dios. Nosotros, si aspiramos a vivirla, lo hacemos como regalo recibido. La dinámica de lo gratuito convierte siempre el don en una tarea que implica y complica todas las dimensiones de la persona. Se es fiel como respuesta agradecida a la iniciativa inmerecida del Señor. Desde este punto de partida innegable, el documento de la CIVCSVA insiste con fuerza en cómo la persona concreta es la máxima responsable de vivir con seriedad y fidelidad la propia vocación. No le falta razón, pues por más que las circunstancias personales, institucionales o ambientales hagan más fácil o más difícil nuestra respuesta vocacional, esta siempre es fruto de una acción libre. Ciertamente estamos marcados por la realidad, pero nunca determinados por ella.

Con todo, al leer este documento me brota cierta incomodidad respecto a tres cuestiones que me gustaría compartir. En primer lugar, tengo la sensación de que tanto la vocación

como la persona son percibidas de un modo inmutable y fijo por los autores del texto. Por más que se afirme que la fidelidad nunca es una cuestión estática sino dinámica, y que, por ello, se ha de caracterizar por la creatividad (nº 32), el conjunto del escrito parece comprender la llamada vocacional como algo que se entrega de una vez para siempre.

Vocaciones cambiantes

Desde esta clave, perseverar en la vocación a la Vida Consagrada se dibuja como algo a proteger, a ejemplo del anillo de Frodo, pues corre el riesgo de que, bien se extravíe, o bien las dificultades “lo roben”. En cambio, entiendo que cualquier vocación tiene mucho más de cambiante que de estable, pues está llamada a crecer, a ser descubierta progresivamente y a fundamentarse con raíces cada vez más profundas en Aquel que la sostiene y la lleva a plenitud.

No hay ninguna mención explícita a este carácter procesual de la vocación. Esto, desde mi punto de vista, empaña y mengua las repetidas invitaciones al discernimiento, pues da la sensación de que se comprende, no tanto como una actitud vital constante que busca responder con honestidad al “más” de Dios, sino como un “remedio” para las crisis vocacionales.

En realidad, esta comprensión estática de la vocación camina de la mano con el modo en que se concibe a la persona. Echo de menos una acogida de la condición humana más cercana a la del Hijo cuando abrazó la humanidad, pues de Él nos dice Lucas que “crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc 2,52). Este carácter

“*Se puede ser tan fiel
a la llamada saliendo como
infiel permaneciendo*”

procesual tan característico del ser humano fue asumido por el Verbo, pero no parece asumido por este documento. Si nunca acabamos de conocernos ni de crecer y si no estamos culminados hasta que el Señor lleve a término la obra que comenzó en nuestras existencias (cf. Flp 1,6), ¿cómo entender la fidelidad obviando las diversas etapas vitales o equiparando las distintas dificultades a atravesar?

En segundo lugar, el documento insiste en lo comunitario. Se habla de discernimiento compartido y de acompañamiento de la comunidad, pero quizá peca de poco realismo al remitir a esta cuestión. La institución y sus comunidades están configuradas por esas mismas personas que requieren mucho discernimiento para ser fieles. Además, en el papel que se da a las comunidades, parecen obviarse otras problemáticas que la CIVCSVA ya había denunciado antes. No es la primera vez que la Congregación habla con crudeza de problemas en los modelos de relación o en la forma en que se practica el servicio de autoridad.

¿Abandono del discipulado?

Somos personas frágiles que constituimos comunidades frágiles. Una mirada realista no está reñida ni con la certeza de sabernos convocados por Dios, ni con la esperanza de que esta ambigua realidad sea mediación divina. Con todo, no podemos ser ingenuos y obviar que, del mismo modo que la comunidad o la institución pueden alentar, acompañar y cuidar la fidelidad vocacional, también pueden hacer todo lo contrario.

Tengo que confesar que la cuestión que más me inquieta y que me deja el regusto menos

agradable es la constante identificación entre permanecer en un Instituto y la fiel perseverancia a la que se exhorta. De hecho, se llega a identificar la salida de una institución con el “abandono del discipulado” (nº 104). Me pregunto por la comprensión de Iglesia y de la pluralidad de vocaciones que refleja esta comprensión. Solo en una ocasión se reconoce tímidamente que hay quienes salen de los Institutos precisamente por fidelidad, pero, matiza, “porque reconocen, después de un discernimiento serio, que no han tenido nunca vocación” (nº 2). De nuevo se traslucen una concepción estática de la vocación.

Me temo que se puede ser tan fiel a la llamada divina saliendo de una Congregación como infiel permaneciendo en ella. Además, esta percepción supone olvidar un dato histórico muy elocuente: la mayoría de los fundadores, muchos de ellos santos y beatos, salieron previamente de sus instituciones. La actitud de discernimiento y de escucha a Quien siempre nos lanza a lo incierto ha sembrado la historia de la Iglesia de personas que dejaron sus Congregaciones o cambiaron de vocación cristiana por fidelidad a Dios y para poder responder a sus llamadas. Si sus contemporáneos hubieran leído este documento de la CIVCSVA, tendrían todos los argumentos para tacharlos de infieles y poco perseverantes. Menos mal que “si somos infieles, Él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo” (2Tim 2,13). ☩



¿Es por culpa del celibato?

JORGE A. SIERRA, HERMANO DE LA SALLE

Nos recuerda *El don de la fidelidad* que todos los votos, y en particular el de celibato, son una respuesta humana a la iniciativa de Dios. No se pueden entender si no es desde la vocación recibida a hacer de Dios el centro de la vida y entregarle toda nuestra existencia. Sobre el papel es fantástico, pero en realidad es una de las piezas fundamentales de la crisis de la vida religiosa, tanto a nivel de familias religiosas como de las propias personas. No podemos engañarnos sobre ello. Pero “crisis” no quiere decir necesariamente algo negativo, sino algo a lo que hay que prestar especial atención, por ser “crítico”. Sin buenismos, una crisis puede ser una oportunidad.

En general, el celibato ha sido tratado por psicólogos o por teólogos. Los unos tienden a ser técnicos y, cuando emiten juicios de valor, fácilmente adoptan la actitud de “sospecha”: ¿Se puede ser célibe y efectivamente adulto? Los otros a veces caen en “literatura rosa”, a cantar las glorias de la virginidad como plenitud del amor, sin apenas referencia a la dinámica real de la existencia célibe de ese hombre o mujer que, en un momento dado, optó por un Amor que –se diga lo que se diga– sigue siendo profundamente extraño. Falta un largo camino por recorrer: síntesis entre principios y praxis, entre ideal y pedagogía, entre vocación y psique, entre dinámica espiritual y complejidad de la experiencia vivida, entre inspiración evangélica y cambio sociocultural...

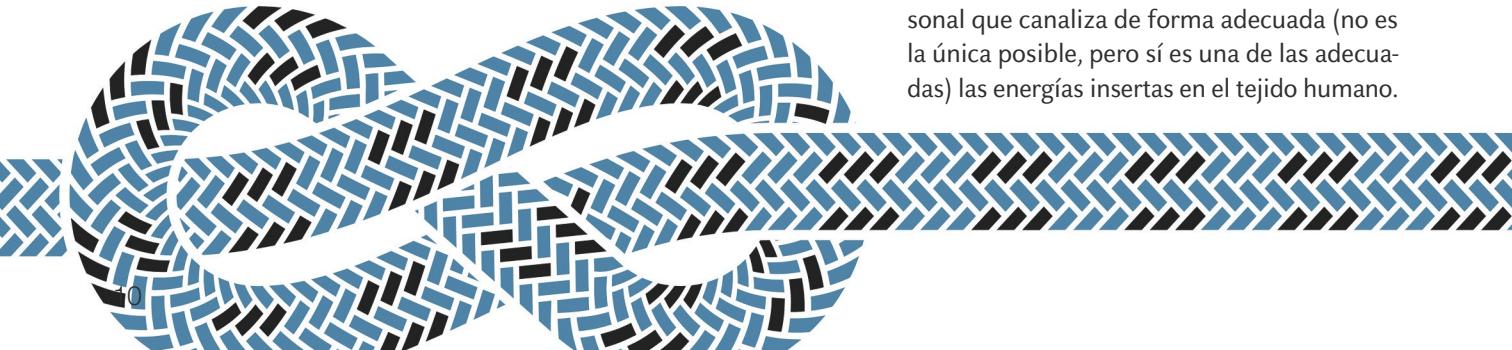
No es un reto pequeño. Implica, además de una madurez y salud personal exquisitas, una clarificación y testimonio del profundo significado antropológico del celibato, pues en nada se evita o suple la naturaleza humana, con sus limitaciones y miserias. Supone relativizar todo otro bien frente al bien absoluto, Dios.

Además, es una provocación en una sociedad que deslinda la sexualidad del amor y la trata como un objeto o un juego. Vivir la castidad evangélica, en cualquier estado y particularmente en el celibato, “manifiesta que la fuerza del amor de Dios puede obrar grandes cosas”, citando *Vita Consecrata* (n. 8).

Para ello, los y las célibes deben demostrar “equilibrio, dominio de sí, iniciativa, madurez psicológica y afectiva” y me atrevo a decir que no poca sabiduría vital y capacidad de apertura para ser capaces de un amor radical y universal. Exige, pues, aprendizaje humano y espiritual para convertirse en una “experiencia de alegría y de libertad iluminada por la fe”.

Seres sexuales

Los seres humanos somos biológicamente sexuales. Eso no quiere decir que la única manera de vivir la sexualidad sea dejando que los instintos campen a sus anchas. Tampoco que el celibato sea una mera continencia. Va mucho más allá, en el sentido en que, libremente aceptada y sin contradecir en ningún momento la dignidad de la persona, la castidad es un modo de relación interpersonal que canaliza de forma adecuada (no es la única posible, pero sí es una de las adecuadas) las energías insertas en el tejido humano.



“La crisis de la Vida Religiosa no se debe solo al celibato, pero sí a una mala comprensión de este”

Al contrario que cualquier represión, puede abrir al amor y servir bien para la integridad de la persona.

Cuando, en lo que luego supe se llamaba “obediencia de fe” decidí ser Hermano de La Salle, creía saber a qué renunciaba. Eso me dio algo de seguridad en los primeros momentos, pues pensaba que un mayor conocimiento ayuda a superar las dificultades. No contaba, claro, con que la fuerza de la sexualidad y el amor sobrepasa cualquier barrera intelectiva que le queramos poner. Tampoco contaba con que, una vez hechos los votos –mira tú– en realidad no sabes nada y no te “salvan” de nada: te puedes volver a enamorar, a sentir el peso de la soledad, a ansiar la intimidad, el cariño, el roce... sin por ello querer dejar de ser religioso.

Castidad evangélica

Optar por vivir en un estilo de vida que lleva una fuerte soledad, la de “sin hijos las rodillas y la boca” del poema de **Pedro Casaldáliga**, no puede ser algo que dependa solo de uno mismo. Desde luego en mi caso personal no es idea mía –dudo que se me hubiera ocurrido–, sino que intenta ser respuesta a la iniciativa de Dios. Por eso es una “paz armada”.

En esto me di cuenta de la verdad de que “lo afectivo es lo efectivo” y de la necesidad de una base psicológica muy fuerte para poder construir un proyecto de celibato. Lo sabía en la teoría, no en la práctica.

Algo parecido ocurre con los documentos eclesiás y del magisterio sobre el tema, donde siempre echo en falta un desarrollo más cercano a la realidad de la vivencia concreta

de la castidad evangélica. Algunos escándalos y la propia limitación personal me hacen reflexionar sobre el celibato vivido como renuncia al amor. Cuando nos hace incapaces de amor, de donación de amor y de vida, cuando nos cierra contra el afecto y la ternura para evitar la tentación o el sufrimiento, es tremadamente perjudicial. Parece que el que no ama a nadie, no sufre, pero es que el que no ama no vive.

Por eso no creo que la crisis de la vida religiosa se deba solo al celibato, pero quizás sí a una mala comprensión de este. Los relatos vocacionales están llenos de dudas, de inconsistencias y –quizás– de unas pocas certezas. Una de ellas es la certeza absoluta de haber sido llamado “antes de formarme en el vientre de mi madre” (Jer 1, 5), otra es de ser amado incondicionalmente y otra es de ser enviado, de tener una misión, un sentido de la vida.

Queremos amar y ser amados. Sin cortapisas y sin condicionantes. Ojalá tengamos la suerte de sentirnos amados, por Dios y por algunas personas y de poder dar y reflejar un poco del amor recibido. Nuestra opción por el celibato no implica renuncia a amar “por no complicarme la vida”.

Recuerdo las palabras de **Guillermo de Barkerville**, el inolvidable personaje de *El nombre de la rosa* que, en la película, dice “¡qué pacífica sería la vida sin el amor! Qué segura. Qué tranquila... ¡y qué insulsa!”. Ciertamente, el amor –y el celibato– hiere, complica y plenifica. ☺



El don de la comunión

ROSA RUIZ ARAGONESES, MISIONERA CLARETIANA

Si nos interrogamos “acerca de las problemáticas inherentes a la fidelidad y a la perseverancia en el estado de la vida consagrada” (n.3) es normal que lo comunitario aparezca. Pero, ¿y si el desencanto generalizado que vivimos fuera expresión de algo más profundo? Crisis en la forma de rezar, de decidir, de relacionarnos, de celebrar, de ser Iglesia. Por eso, no creo que ayude cargar las tintas en lo comunitario, ni como responsable de nuestros males ni como único garante de cambio.

La vida de cualquier persona pasa por su hogar físico y emocional, ese espacio donde comparte, descansa, ama, goza, discute, estudia, reza... Quizá los religiosos vivimos un déficit de hogar, es decir, anhelamos “crear familia, aprender a sentirnos unidos a los otros más allá de vínculos utilitarios o fun-

formal donde todo está bien o todo es silencio, pero tampoco ayuda vivir en la falta de respeto continua. Es decir, no ayuda vivir en ambientes emocionalmente enfermos.

- Ayuda sentir que en nuestro hogar (físico y emocional) estamos seguros, allí nadie nos va a hacer daño; no ayuda sospechar y menos aún experimentar que en nuestra propia casa debemos defendernos.

Si esto es experiencia común, quizá el problema esté en el marco de comprensión global de la Vida Consagrada y no tanto en encerrarnos en cambios estéticos (cambiemos los muebles viejos por unos blancos de Ikea, modificamos horarios puntuales...). No podemos contentarnos con ambientes comunitarios soportables, donde al menos no estoy mal. El documento lo llama “la tentación de la supervivencia” (n.10).

cionales” (CV 217). Más allá de la experiencia familiar de cada cual, seguro que coincidimos en aquellas cosas que nos hacen sentir bien y las que nos hacen daño:

- Ayuda sentirnos queridos y, por eso, respetados, cuidados; no ayuda sentir que nos perciben como amenaza, carga, estorbo, incomodidad y, por tanto, consideren que deben controlarnos, castigarnos, dirigirnos.
- Ayuda ser tenidos en cuenta en los asuntos que afectan a todos y compartir responsabilidades; no ayuda mantenernos al margen de las decisiones, de los procesos, de las preocupaciones y alegrías comunes, porque nos infantiliza.
- Ayuda poder expresar nuestras emociones, tanto el cariño como el enfado, el cansancio o la alegría; no ayuda vivir en un ambiente

Comparto algunas cuestiones que podrían ayudarnos a repensar el marco global:

- La vida conventual monástica y la vida religiosa apostólica son dos vocaciones distintas, pero con el pasar de los siglos, la práctica y el magisterio las equiparan con excesiva frecuencia. Nuestro modo de relacionarnos, de gestionar los tiempos, de orar... ¿responden a una vocación apostólica o conventual?
- La vida consagrada ha ido cambiando y dando lugar a estilos muy diversos de plantear la comunión. ¡Quién sabe cómo serían hoy las cosas si la propia estructura de Vida Consagrada se hubiera flexibilizado al abrirse a nuevas formas de vida (por ejemplo, los Institutos Seculares) en lugar de separarlos jurídicamente como algo distinto que con frecuencia nace bajo un mismo carisma?



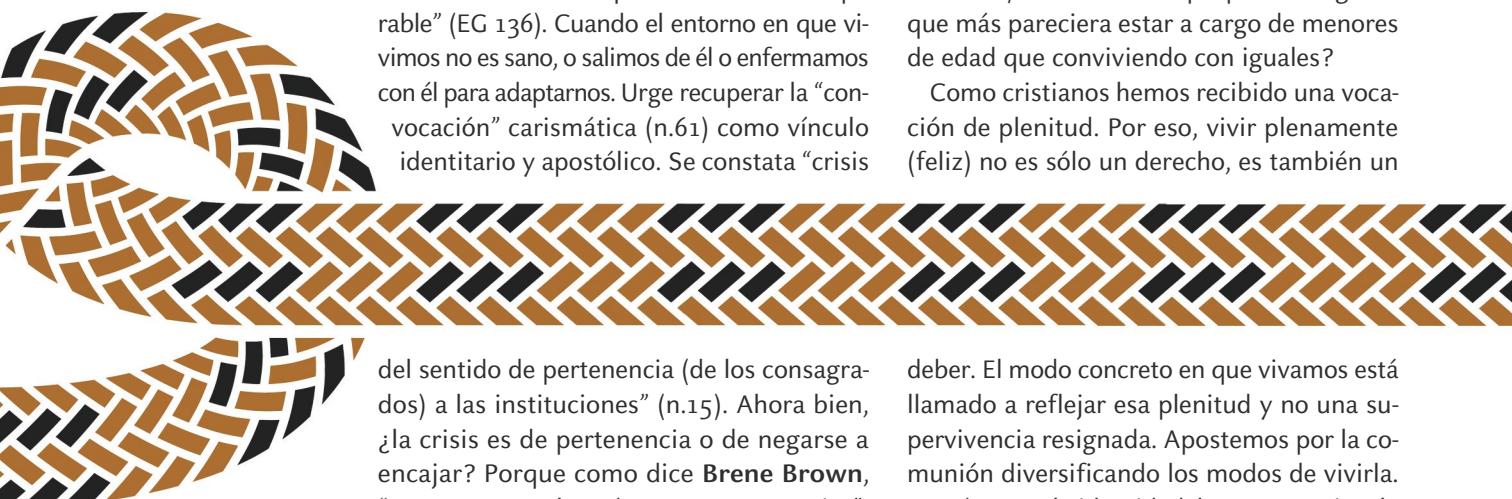
“ *El modo en que vivamos está llamado a reflejar plenitud y no una supervivencia resignada* ”

● Si a lo largo de la Historia ha ido cambiando la teología de los votos o de la misión, ¿por qué con la comunidad nos empeñamos en mantener las mismas claves inamovibles y en anhelar mejoras sin salir del mismo marco que proviene de siglos atrás? ¿Por qué seríamos más fieles cuanto más nos parezcamos a las comunidades de hace 20 siglos?

Toda fidelidad pasa por la capacidad de cambio y crecimiento. No se trata de inventar nada ni de pretender ser modernos. Se trata de abrirnos a “la novedad de Dios” (n.9) que nos habla dentro y fuera para curarnos del virus de la autorreferencialidad que “hace el aire irrespirable” (EG 136). Cuando el entorno en que vivimos no es sano, o salimos de él o enfermamos con él para adaptarnos. Urge recuperar la “convocatoria” carismática (n.61) como vínculo identitario y apostólico. Se constata “crisis

Si en nombre de Dios y en nombre de la fraternidad hay que renunciar al mayor don que Dios nos otorga que es la propia vida en libertad, algo no va bien. Y viceversa. Confundimos individualismo con autonomía. ¿Vivir todos en la misma casa es garantía de fidelidad?, ¿estaríamos siendo infieles a nuestra consagración si diversificáramos los modos de vivir consagrados con un carisma común y en comunión con un cuerpo apostólico mayor?, ¿qué papel juega cada adulto en su propia responsabilidad y fidelidad vital?, ¿por qué seguimos cargando en un/a hermano/a atribuciones propias de alguien que más pareciera estar a cargo de menores de edad que conviviendo con iguales?

Como cristianos hemos recibido una vocación de plenitud. Por eso, vivir plenamente (feliz) no es sólo un derecho, es también un



del sentido de pertenencia (de los consagrados) a las instituciones” (n.15). Ahora bien, ¿la crisis es de pertenencia o de negarse a encajar? Porque como dice **Brene Brown**, “pertener es lo más opuesto a encajar”. Creo que es un tema candente en nuestra vida religiosa. “Para cumplir la propia vocación es necesario desarrollar, hacer brotar y crecer todo lo que uno es” porque la nuestra es una “vocación de humanidad” (n.53) ¿La normativa y objetivos de la comunidad religiosa están pensados para ayudar a cada hermano a crecer en humanidad? ¿Cómo conjugar la identidad personal de cada uno, con las dinámicas comunitarias, las relaciones mediadas con un superior que genera subditos, en grupos humanos con ritmos radicalmente distantes y distintos?

deber. El modo concreto en que vivimos está llamado a reflejar esa plenitud y no una supervivencia resignada. Apostemos por la comunión diversificando los modos de vivirla. Juguémonos la identidad, la pertenencia y la vocación en seguir a Cristo sin reservas; no en si encajamos o no en estructuras de vida (local y global) que para algunos incluso pueden ser un impedimento serio a su fidelidad.

“Redescubrir el significado de la disciplina... y las reglas” (nn.63-64) no es el mejor camino para recuperar el entusiasmo por la comunión. La ley nos ayuda a poner límites y nos protege. Pero nunca será el horizonte que nos lance a la entrega alegre de la propia vida. Ni en lo personal ni en lo institucional. Y es que no hay mayor fidelidad y perseverancia que la que nos da la libertad del amor. ☩

Discernir una vocación

LUIS MARÍA GARCÍA DOMÍNGUEZ, JESUITA

La Vida Consagrada es una vocación difícil, que requiere un atento camino de discernimiento y formación para que pueda desplegarse en una vida significativa para el sujeto mismo y para el pueblo de Dios. Y en ese recorrido no es suficiente la buena voluntad de la generosidad primera, ni un sano ambiente comunitario de acogida inicial. Los numerosos abandonos vocacionales en los primeros años, y en personas con mucho tiempo de vida vocacional, nos invitan a repensar nuestros métodos de discernimiento y acompañamiento formativo.

Discernir una vocación implica discernir la llamada de una persona a esa vocación y discernir su respuesta a esa llamada de Dios.

La llamada vocacional se percibe en señales que nos comunica el candidato, generalmente después de alguna experiencia personal más intensa. Esta llamada se suele manifestar como sentimientos intensos de amor de Dios, como mociones a entregarse a Él, como deseos de una entrega en totalidad. Y esto con cierta fuerza y seguridad, aunque compatible con dudas, resistencias y miedos. La llamada puede también ir acompañada de reflexiones, de identificación con personas que encarnan una determinada vocación, de atracciones hacia el modo de vivir su entrega o de admiración por su alegría, su cercanía o su mansedumbre.

Estas mociones, pensamientos y proyectos no se dan todos de una vez, sino que ordinariamente se repiten en distintos momentos, grados y formas, y se pueden acoger o ignorar; por eso necesitan crecer en tiempos destinados a la escucha interior y al encuentro con Dios.

La respuesta a una llamada de Dios implica abrir nuevos espacios de silencio y oración

para proseguir ese diálogo con el Dios que tomó la iniciativa, y acudir a los sacramentos de la Iglesia con mayor frecuencia y conciencia. La respuesta se muestra también en una vida recta y coherente con esa vocación sentida; una vida que poco a poco se adecúa a un estilo orientado por los votos, tratando de entender y vivir la pobreza que vivió Jesús, la castidad que mostró en su vida y la obediencia al Padre que siempre le orientó.

Un combate espiritual

Esta respuesta a la vocación también supone que la persona se compromete en un cierto combate espiritual, en una tensión de crecimiento propia de la vocación, que puede incluir debilidades y caídas de las que uno se recupera con humildad ante Dios. Él llama a frágiles pecadores para reconciliarnos y encomendarnos la misión de reconciliar a otros.

El cambio personal que produce una respuesta adecuada es algo que suele suceder poco a poco, y que debe empezar antes del ingreso en el instituto para continuar durante la formación inicial, aunque se debería prolongar toda la vida. Para ayudar a este cambio la Iglesia establece etapas formativas.

Establecer este proceso objetivo de formación es muy necesario, pero sabemos que no siempre puede acompañarse bien con el proceso subjetivo del cambio interno en las personas. Por eso en la formación se aplica una horquilla de indicadores (entre mínimos y máximos) que

“Los numerosos abandonos nos invitan a repensar nuestros métodos de acompañamiento”

trata de sortear las dificultades de este discernimiento, y que acaba estableciendo signos más o menos objetivos y externos que tratan de reflejar el progreso vocacional.

Pero no basta un cambio de comportamiento, ni siquiera una formulación consciente de las motivaciones adecuadas, para garantizar que una vocación esté verdaderamente internalizada. Esto es necesario, pero la existencia de dinamismos no conscientes en la motivación humana normal nos obliga a explorar, también en el ámbito vocacional, la posible presencia de estas fuerzas latentes, que a largo plazo son muy influyentes, o quizás determinantes, para decisiones como el abandono vocacional o como el “anidamiento” no significativo en la vocación.

De hecho, al comienzo de su vocación los candidatos idealizan a las personas con vocación, a las comunidades y a las instituciones. Esto sucede así por la dinámica propia de toda vocación, y a pesar de que generalmente se les ofrecen experiencias y contactos realistas con distintas obras y comunidades. Pero es que, además, los candidatos se idealizan a sí mismos, sin mala voluntad alguna de engañar; simplemente porque así es la naturaleza humana al comenzar un nuevo proyecto vital.

Dicho lo anterior, el papel del discernimiento inicial no es descartar la vocación que tenga alguna ambivalencia motivacional, pues toda vocación suele ser ambigua al comienzo,

porque es solo germinal, sino que debe ir pasando de la inicial consolación ingenua a una consolación purificada a través de la desolación y de la prueba. Así crece y madura. Por lo tanto, el papel del discernimiento inicial no es descartar, sino conocer bien, entender al candidato y lograr una especie de “radiografía” completa de la persona con vocación, para facilitar en adelante un acompañamiento formativo lúcido que ayude a la necesaria transformación de los candidatos.

El acompañamiento formativo, por su parte, debe partir del “diagnóstico” que ha hecho el discernimiento inicial para seguir con un “tratamiento” adecuado. Es claro que el discernimiento continúa siempre en la formación inicial; pero, si desde el comienzo se entienden bien las motivaciones conscientes y no conscientes del sujeto, será más fácil su acompañamiento formativo. Un acompañamiento que debe ser acogedor y estimulante, pero también lúcido para confrontar motivaciones que el joven o la joven no siempre pueden reconocer por sí mismos.

Para esta necesaria continuidad entre el discernimiento inicial y el acompañamiento formativo en todas sus fases se requiere en los formadores preparación para esta mirada en profundidad y alguna capacidad de trabajo en equipo; también les ayudará tener una visión antropológica compartida para dar continuidad a los procesos formativos.

Y creer que Dios sigue llamando a personas limitadas para que sigan e imiten a su Hijo en pobreza, castidad y obediencia, a pesar de nuestra precariedad y de nuestro pecado institucional.





Permaneced
en mi
amor